

cesa. Muy inteligentes y sin inquietudes de preñez.

Respecto de Colombia y de Sur América en general, no hay aún sociedad formada y no son aplicables estas ideas. No tenemos aún mediocres. Pero sí puede observarse que los elegidos no tienen personalidad, así como no la tiene el pueblo. Aquí mandan las fuerzas indeterminadas.

Fernando González

Medellín, Colombia.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

De ESPASA-CALPE, Madrid, hemos recibido:

Felipe Robles Degano: *Filosofía del Verbo*. Segunda edición enteramente reformada. Madrid. 1931.

Es el tomo L. de la muy interesante *Nueva Biblioteca Filosófica*.

Este epígrafe de la obra: *Cultura animi Philosophia est*. (Cicerón, *Tusc.* 2, 5.)

Alfredo Adler: *Conocimiento del Hombre*. Traducido de la tercera edición alemana por Humberto Bark. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1931.

Es el tomo XII de la notable BIBLIOTECA DE IDEAS DEL SIGLO XIX, de que es Director José Ortega y Gasset.

De las EDICIONES HOY nos llegan estos dos interesantes títulos:

Stefan Zweig: *Amok*. Novela traducida del alemán por Koellen y Catalán. Madrid.

Hermann Kesten: *José busca la libertad*. Novela traducida del alemán por Rafael Soco. Madrid.

La casa editora J. B. LIPPINCOTT Co. de Philadelphia, U. S. A., nos remite esta obra:

Carleton Beals: *Mexican Maze*. With illustrations by Diego Rivera.

From Isabel de Monserrate (c/o. Colombian Consulate General. San Francisco, California) nos llega esta novela:

Hados. Editorial Hispano-América. San Francisco, California.

Nos ha tocado el ejemplar No. 0576. Hay una carta de José Vasconcelos a la autora, que dice así: «Me ha interesado mucho la lectura de su novela *Hados*. Ha logrado usted narrar la historia de un alma afortunada y superior. La felicito cordialmente por su noble esfuerzo. José Vasconcelos.» Los Angeles. Feb. 25. 1930.

Del autor, que nos honra:

Fabio Fiallo: el tomo LIX de la colección *Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas*. Editorial Cervantes. Barcelona.

Leemos con gusto *Fouché* de Stefan Zweig. ¡Cuántas cosas interesantes se dicen en este libro! Al acaso:

No desconozco de ninguna manera el poder de las biografías heroicas, que am-

plifican el alma, aumentan la fuerza y elevan espiritualmente. Son necesarias, desde los días de Plutarco, para todas las generaciones en fase de crecimiento, para toda juventud nueva. Pero precisamente en lo político albergan el peligro de una falsificación de la Historia, es decir: es como si siempre hubiesen decidido el destino del mundo las naturalezas verdaderamente dirigentes. Sin duda domina una naturaleza heroica por su sola existencia, aún durante decenios y siglos, la vida espiritual, pero únicamente la espiritual. En la vida real, verdadera, en el radio de acción de la política, determinan rara vez—y esto hay que decirlo como advertencia ante toda fe política—las figuras superiores, los hombres de puras ideas; la verdadera eficacia está en manos de otros hombres inferiores, aunque más hábiles: en las figuras de segundo término. De 1914 a 1918 hemos visto cómo las decisiones históricas sobre la guerra y la paz no emanaron de la razón y de la responsabilidad, sino del poder

oculto de hombres anónimos del más equívoco carácter y de la inteligencia más precaria. Y diariamente vemos de nuevo que en el juego inseguro y a veces insolente de la política, a la que las naciones confían credulamente sus hijos y su porvenir, no vencen los hombres de clarividencia moral, de convicciones inquebrantables, sino que siempre son derrotados por esos jugadores profesionales que llamamos diplomáticos, esos artistas de manos ligeras, palabras vanas y nervioso friso.

Volvamos a la Editorial CERVANTES, Barcelona, que nos ha dado gusto y provecho con el envío de estas obras:

Teodoro Dostoievski: *Los Karamázov*. Tomo I. Traducción directa del ruso por Nicolás Hartong. Prólogo de Juan Chabas. Edit. Cervantes. Barcelona. 1931.

Corresponde al tomo XXV de la serie «Los príncipes de la Literatura».

Ladislaw Reymont: *El vampiro*. Traducción directa del polaco, por Nicolás Hartong. Editorial Cervantes. Barcelona. 1931.

Corresponde al tomo XXIV de la serie «Los príncipes de la Literatura».

Rodembach (traducción de Luis Guarnier y Miguel Alejandro Rives), y *Alejandro Pushkin* (traducción directamente del ruso por Elisabeth Mulder).

Tomos LVII y LVIII de la serie. *Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas*.

Elisabeth Mulder: *La hora emocionada*. Editorial Cervantes. Barcelona. 1931.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores

Bananos y hombres

— Envío de la autora —

IV

Río arriba

(Véanse las entregas anteriores.)

La lancha *El Parismina* remonta el río en su viaje semanal. Ha salido a medio día con todo el sol. Trae un cargamento de cacao y unos cuantos pasajeros, entre los cuales viene una familia que emigra a otra finca: el hombre de edad indefinible, seco, alto, encorvado; el clima ardiente, el paludismo y el alcohol lo han retorcido como retuerce el fuego una rama verde. La mujer y los chiquillos, seres anémicos, raquíuticos, hinchados; estos niños que no han probado más leche que la materna. Emigran con todo su haber: unas ollas negras y unos trapos dentro de sacos de gangoche. Viene también el jefe del Resguardo a quien acaban de nombrar, sobrino de una amiga de la mujer con quien vive uno de los ministros de Estado; es un joven de San José con cara de come-maíz, criatura inútil que lo único que ha aprendido es a bailar muy bien y a beber. Su zapato bajo, sus medias de seda rayadas, su charla insustancial y su pelo peinado hacía atrás como los

intelectuales cursis, desentonan entre aquella gente silenciosa que lo mira como se pueden mirar unos aretes, un collar o cualquier otro adorno de joyería barata en las urnas de los comisariatos.

El gris del cielo es para la mirada una lámina dura de metal caliente. Díjese que los émbolos y las válvulas del viejo motor de la lancha han cogido a patadas el silencio espeso que oprime el paisaje como una capa de aceite hirviendo.

Sube lenta la lancha sobre el lomo del río amodorrado. En las riberas, cañuela, palmas, maraña insolente, banales y cacaotales. Los cacaotales ponen sobre la monotonía del verde, la nota de sus hojas rosadas; sus frutos amarillentos penden como senos alargados de mujer que ha amamantado mucho. Esta vegetación lujuriosa embriaga la vista. Bajo la tierra las simientes se abren para dar a luz: se adivina su inquietud fecunda. Los brotes asoman a flor de

tierra, dispuestos a luchar para abrirse paso; tratan de ahogarse mutuamente, se arrastran, se enlazan, suben estrangulándose. Los más fuertes se empujan y aplastan a los otros y cuando logran subir, el fuego del sol o la tenacidad de la lluvia salen al encuentro de su triunfo y lo adormecen.

De cuando en cuando un lagarto que dormita al sol o un rancho cuyo techo de palma parece abrumado por el calor. A menudo, frente a estas habitaciones hay cuerdas tendidas con tasajos de carne de chanco de monte que se secan al sol. De los surás de tronco blanco y elevado penden mechones de una vegetación negruzca, fibrosa y vaga que se convierten dentro del cerebro adormilado en los girones del silencio de esas soledades desgarrado por los golpes del motor de la lancha.

El Parismina es una lancha vieja que anda con las entrañas al aire. Las entrañas son este motor viejo de cinco caballos que produce un ruido infernal, de piezas cubiertas de un húmedo siniestro y cuyos movimientos hacen temblar la carne de los pasajeros; las mejillas sonrosadas del jefe del resguardo se agitan de un modo que da risa. Debajo del motor asoman las costillas negruzcas de la embarcación entre una agua verdosa. El piloto que es un negro, y el maquinista, hacen juego con este motor viejo, cuyo brillo y vanidad han quedado perdidos en las aguas del Reventazón y de los Caños. El maquinista, Pancho Sandino, hace cinco años trabaja en esta lancha y como veinte que vive por estas remotidades. Es de Puntarenas. Lo mismo que a la Estefanía, la vida lo arrastró hacia estos lados, como la corriente de los ríos arrastra esos palos que uno ve pasar flotando. Cuenta que por todas las partes por las cuales ha pasado, ha dejado hijos. El dice que hay que sembrar la semilla. Viene sentado en el piso de la embarcación, junto al motor, fuma y fuma en su pipa negra y tosca. Casi no quita la vista del motor. Con los ojos cerrados podría decir el lugar de cada tornillo, llave, cilindro, tuerca. Si no fuera por qué de cuando en cuando parpadea sus ojillos verdes, se le podría tomar por un utensilio indispensable para la marcha del motor como la aceitera que se encuentra a su lado. Cuando lleva turistas por los Caños del Tortuguero, ni siquiera levanta la cabeza al oír las exclamaciones de éstos, ante la maravilla del espectáculo. Hace veinte años está viendo la misma cosa...

Hay que recoger pasajeros en la hacienda Santa María. La lancha se acerca al pequeño puerto protegido por un grupo de cativos.

Se embarcan: un preso custodiado por dos guardas, unas mujeres jóvenes con paludismo y sífilis, que van para el hospital de San Juan de Dios en San José y un hombre que lleva el mismo rumbo, acompañado por una mujer menuda con cara de hormiga. Este hombre se ha golpeado terriblemente el pecho y una pierna al cargar bananos en un lanchón de la finca. Casi no puede res-

pirar ni enderezarse y tiene la pierna terriblemente hinchada y amoratada. Cuando se golpeó nadie le hizo caso, precisaba cargar la fruta, y después el dueño de la finca no tuvo tiempo de ocuparse del asunto. ¿Acaso los hombres enfermos cuentan en las fincas de banano?

El hospital de San Juan de Dios en San José es un desaguadero de toda esa gente palúdica, tuberculosa y sifilítica que sale de las fincas en donde se cultiva el banano que es una nutritiva golosina en los Estados Unidos. En el hospital, la hermanita de la caridad encargada de las enfermedades venéreas, inyectará Salvarsán a las pobres muchachas de piernas llagadas que entran en la embarcación. Y esa virgen del Señor les echará en cara su liviandad al ver la mueca de dolor de las miserables al sentir la aguja hipodérmica introducirse con piadosa saña en la carne pecadora. Eso sí, no las curará los domingos ni días de fiesta religiosa por tratarse de enfermedades relacionadas con el pecado.

El peón que parecía un santo

Un día llegó a la finca Santa María Ignacio Parrales, un peón nicaragüense de Rivas. Unos treinta y cinco años lo más, regular estatura, delgado, cenceño, ojos oscuros que se quedaban mirando con tan apacible serenidad, que uno sentía como si por el espíritu pasaran una cinta de seda, y cuando sonreía y entreabría los labios, la blancura de sus dientes ponía como un leve temblor de luna sobre el rostro oscuro y castigado por las intemperies.

De todo sabía y entendía: era excelente cortador, excelente conchero y excelente mulero. Sabía construir ranchos y botes. Pocos días después de llegado a la finca, comenzó a enseñar a los niños de los peones y de los dueños a

leer y a escribir. A unos y otros les narraba cuentos, les enseñaba a fabricar trampas para coger pájaros y bestezuelas de los bosques y les traía de sus excursiones chanchitos de monte recién nacidos. Cogía los avisperos y panales así no más, sin tomar precauciones y los insectos nada le hacían. Dicen que dormía las culebras y varias veces llegó a la finca con una coral arrollada en el brazo, y dicen también que tenía secretos para dormir a los mordidos por serpientes venenosas.

Todo el mundo en la finca lo quería y le tenía confianza y en los cinco meses que pasó allí nadie lo vió borracho ni pelear con ninguno.

Pero un día llegaron los guardas y lo hicieron preso. Este era el fulano que hacía cinco meses degollara al agente de policía de San Alberto. Cuentan que primero le dio un golpe en la cabeza para atarantarlo y en seguida con todo cuidado y como siguiendo una línea trazada de antemano le cortó el pescuezo.

Bien es verdad que este agente de policía de San Alberto era una buena pieza: ganaba un sueldito cualquiera, pero hubo meses que le salieron por ochocientos colones. Para todo se necesita maña. Se tenía un negro a quien llamaba el Cariador, que le servía de trampa en los días de pago. En cuanto los peones comenzaban a tomar, les echaba al Cariador para que les buscara camorra; y apenas los otros le hacían frente los llevaban al cepo (porque ha de saberse que aun cuando los cepos son prohibidos por la ley, todavía se usan en los poblados de esas regiones bananeras), del que podían salir pagando una multa. Con estas multitas se ayudaba el agente de policía, a quien con tanto primor degollara aquel peón con cara de santo que se embarcó en *El Parismina* al mismo tiempo que las dos pobres muchachas palúdicas y sifilíticas y el hombre golpeado en el pecho por un lanchón al cargar bananos.

Carmen Lyra

Costa Rica, Junio de 1931.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente